

IMPRESIONES DE VIAJE

V

De los Pirineos al Ródano.

Con una velocidad de cuarenta kilómetros (de tren expreso en Europa), salimos de Barcelona, camino de Francia; los coches no eran malos como aquellos en que antes habíamos viajado y aún se veían elegantes. Esto se debe á que esa línea es una de las mejor atendidas de España.

La vía sigue por algún tiempo la orilla del mar y ofrece muchos puntos de vista magníficos: en el lejano horizonte se confundía el Mediterráneo con el cielo y uno que otro buque se veía deslizarse sobre la líquida superficie. caía la tarde y las primeras sombras de la noche empezaban á subir de las profundas gargantas del Pirineo para enseñorearse de las cumbres y extender su obscuro manto sobre la región que atravesábamos. A esa hora inevitablemente la melancolía, invade el espíritu y transporta el pensamiento del ausente hacia su patria, al lado de las personas queridas que dejó allí y siente el deseo de regresar; parecele muy fácil embarcarse en uno de esos navíos que se van perdiendo de vista, hacerle poner la proa rumbo á América y llegar con la velocidad del pensamiento..... apenas empezábamos nuestro viaje y ya sentíamos el afán de regresar.

Un brusco movimiento me sacó de mis pensamientos volviéndome á la realidad: los primeros contrafuertes de la cordillera pirenaica empezaban á verse y el país hacía acci- dentado; dejamos atrás á Granollers y el Empalme, así como muchas pequeñas poblaciones cuyos nombres ni oye bien el viajero; el acento catalán domina más y más y los empleados del ferrocarril, sugestionados por la vecindad de Francia, afectan una seriedad y unas maneras que hacen reír. Los trajes del país y los uniformes de la guardia civil eran los que nos recordaban que aun estábamos en España.

El país presentábase encantador con sus profundas barrancas, sus laderas bien cultivadas, sus innumerables riachuelos y sus caminos perfectamente cuidados. Gerona formaba una masa confusa de la que salían numerosas luces; estaba ya casi cerrada la noche y por más que esforzamos la vista, poco pudimos distinguir de la histórica ciudad que ha sufrido tantos sitios y que hace un siglo se cubrió, así como Zaragoza, de gloria. De Figueras pudimos ver la mole de su castillo, bien fortificado y que según se afirma, puede contener veinte mil hombres. Unos kilómetros más y llegábamos á Port Bou, última población española: allí vimos por última vez á los civiles y como despedida oímos hablar español sin el más leve resabio catalán, diríase que estábamos en la Mancha. Y fué un chiquillo que desde la cerca de la estación nos gritaba:

—¡Buen viaje, señores; hasta Francia!

Un tunel más, agregado á los numerosos que habíamos atravesado, quedó atrás y hétenos ya en tierra francesa. Bajamos del vagón y entramos á la aduana.

—*N'avez vous rien à déclarer Mrs?* nos dijo el empleado que allí esperaba tras de un largo mostrador, y á pesar de nuestra respuesta negativa, procedió á revisar nuestros equipajes. Ni larga ni molesta fué la visita, bien que habíamos procurado simplificar nuestro viaje, enviando de antemano los baules pesados á París y quedándonos con simples petaquillas de mano.

Es esta una precaución que recomiendo á todo turista: un gran equipaje es el peor enemigo que puede llevar consigo y el origen de muchas contrariedades, retrasos, contratiempos y gastos sin tener en cambio ninguna utilidad. En Port Bou tuve ocasión de apreciar esto por primera vez: una familia española llevaba un gran tren y tardó largo rato en verse despachada, sus mundos fueron objeto de una minuciosa investigación y de una discusión bastante viva. Mi esposa y yo, despachados de los primeros, tuvimos tiempo sobrado para curiosear por toda la aduana, escojer el mejor lugar (que no

es muy difícil) en el coche y pasear un buen rato en el andén. Nuestros boletos comprados de antemano en Barcelona, á pesar de que fueron en Cerveré revisados con cuidado, supuesto que eran los primeros de que íbamos á hacer uso durante todo el viaje, nos fueron entregados en el mismo coche; tuve tiempo de comprar una guía de ferrocarriles, de cenar con las provisiones que llevábamos y aun nos sobró tiempo.

El tren púsose en marcha y como era imposible dormir en aquellos carros carentes de toda comodidad, nos dedicamos á observar el camino. Nos llamó la atención desde luego, la abundancia de gendarmes y soldados que había en las estaciones, pero recorriendo las columnas de un periódico local, tuvimos la explicación de aquello: la comarca estaba agitada por causa de la crisis vinícola, los ayuntamientos habían renunciado en masa y se temían graves desórdenes, como en realidad los hubo, así como choques entre los habitantes y la tropa. No sé si en Francia será uso que los desórdenes políticos los paguen los ferrocarriles, pero el caso es que los guardianes eran numerosos y que al verlos no sentíamos ni la más mínima inquietud.

La vía que atraviesa muchos túneles, algunos bastante grandes,

sigue aún cercana al mar, que en noche de luna puede verse en algunos arechos; el sueño al fin nos vence y nunca con intermitencias logramos dormir unos ratos, pues por fortuna do hay cambio de tren en Cette, como un compañero de viaje aseguraba. Al fin nos amanece cerca de Nîmes, cuyo anfiteatro apenas podemos distinguir entre la bruma; dejamos atrás á Tarascon, ilustrado por Daudet y á Avignon, la ciudad de los papas, donde nos detenemos algunos minutos para desayunar. Olvidándome donde estaba iba á pedir chocolate, pero al ver el que llevaban al vecino en una cafetera grande de la que vertieron un líquido nada agradable, prefiero pedir café *olé* (au lait) que resulta más pasadero.

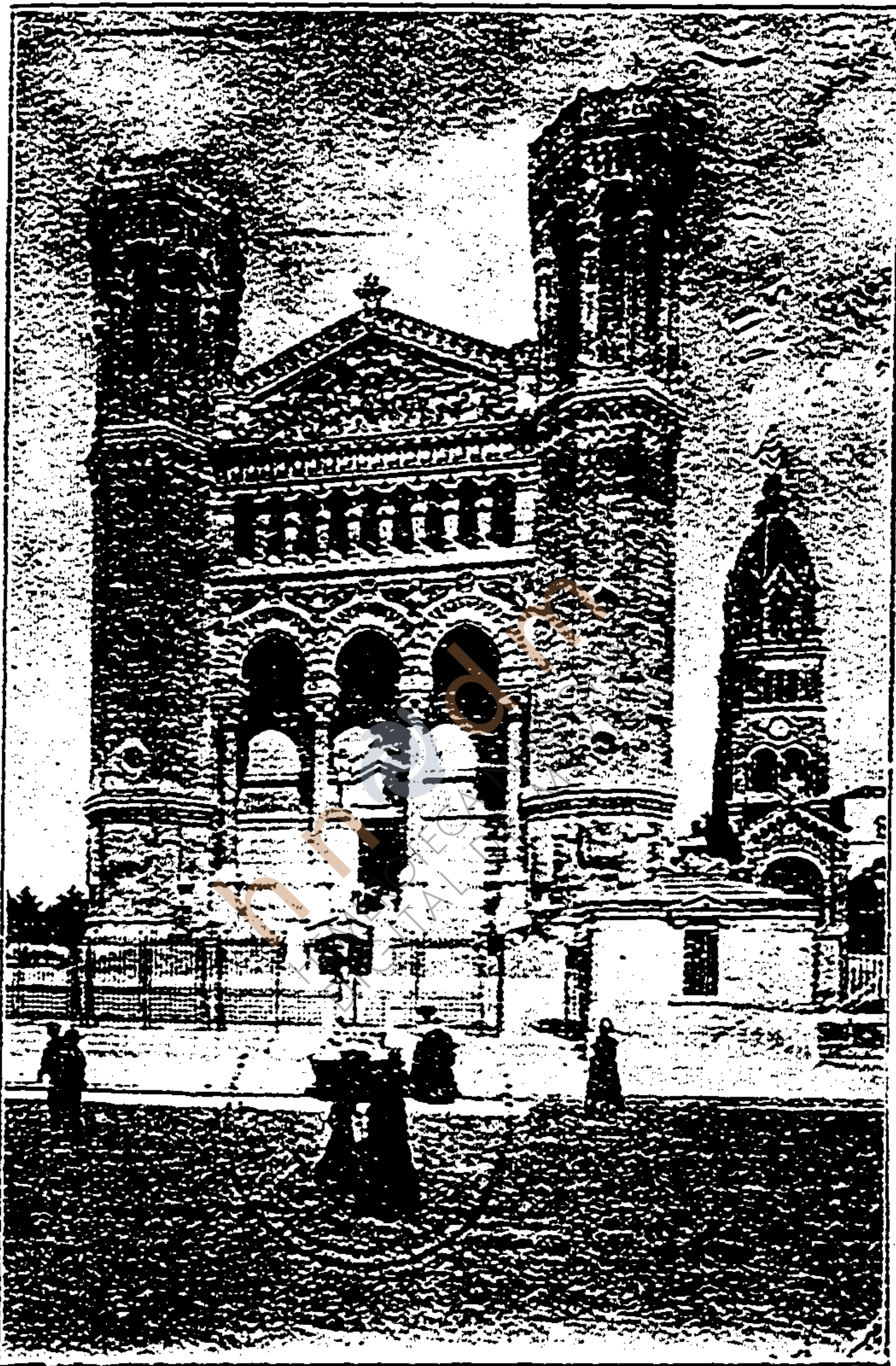
El país había cambiado por completo: en lugar de las grandes montañas de los Pirineos, veíanse escasas colinas y cerros cubiertos de pequeños bosques; las llanuras estaban perfectamente cultivadas y los campos cubiertos de viñedos, acusaban un cultivo continuo y que los inteligentes llamarían intenso, pues cada planta ocupaba el menor espacio posible de terreno, gracias á las gruesas estacas que la hacen elevarse en lugar de extenderse; los caminos perfectamente cuidados se prolongaban hasta el horizonte y las villas y aldeas que veíamos, tenían sus casas muy pintadas y arregladas las fachadas, sus calles sin polos ni basuras y sus habitantes todos vestidos en orden y calzados como los de una gran ciudad. Aquella era ya la Europa que esperábamos encontrar,

pues aun cuando en España no se ve n esos campesinos en camisa y descalzos como aquí, la variedad de tipos y trajes regionales hacen que el país difiera mucho de su vecino.

Sin embargo, para el habitante de América, la impresión que causa Francia no es tan agradable como cree que va á ser: aquí estamos acostumbrados á admirar la naturaleza en toda su magnificencia; árboles gigantes, montañas enormes, producciones variadas, contrastes por todas partes: allá todo parece convencional; los cerros se nos antojaban insignificantes, los árboles enanos, los campos pequeños, los caminos demasiado artificiales y los pueblos con exceso arreglados y acicalados; aun el Ródano cuyas orillas íbamos siguiendo, antojábasenos poco navegado para la numerosa población que vive en sus márgenes.

A las nueve y minutos llegábamos á la estación de Perrache (Lyon) donde resolvimos bajarnos, pues estábamos bastante cansados; la clase de billetes de ferrocarril que llevábamos nos permitía detenernos en la estación que más nos agradase, ventaja inapreciable para el turista que no tiene urgencia de llegar á ninguna parte y que viaja á la casualidad.

La segunda ciudad de Francia con sus 460,000 almas, su gran industria y su envidiable posición estratégica, poco llamó nuestra atención; á causa de su situación, parte en una loma y parte en una llanura, parecen dos ciudades distintas y ambas poco animadas: la plaza Carnot, que queda frente á la estación, se ve enorme pero desierta: los tranvías que continuamente la atraviesan, el cuartel



LYON.—Nuestra Señora de Fourvière.